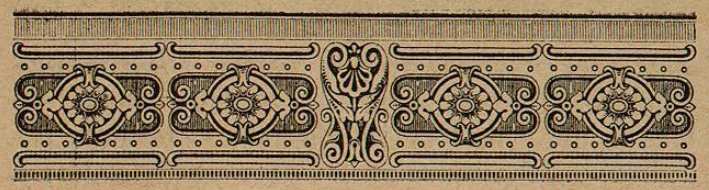
entre manos. Diremos que su regalo consistía en estar abrazada con Cristo en la cruz, y entonces cierto, que era grande, como lo era la cruz que llevaba.

Antes de dar por terminado el capítulo, no dejaremos de referir la consoladora visión que al principio del priorato tuvo la Santa, mereciendo que la Reina de los Ángeles aprobase entre muestras de agradecimiento la piadosa idea de haber colocado en la silla prioral su imagen de talla. «La víspera de S. Sebastián, cuenta la favorecida Madre, del primer año que vine á ser priora, comenzando la Salve, ví en la silla prioral, adonde está puesta nuestra Señora, abajar con gran multitud de Ángeles á la Madre de Dios, y ponerse allí; á mi parecer no ví la imagen entonces, sino esta Señora que digo. Parecióme se parecía algo á la imagen que me dió la Condesa, (1) aunque fué de presto el poderla determinar, por suspenderme luego mucho. Pareciame encima de las cormas de las sillas, y sobre los antepechos muchos ángeles, aunque no con forma corporal, que era visión intelectual. Estuve ansí toda la Salve, y díjome: *Bien acertaste en ponerme aquí, yo estaré presente á las alabanzas que hicieren á mi Hijo, y se las presentaré.*»

(1) Dicha imagen de la Condesa, que es un lienzo donde está pintada la cara de la Virgen, guárdase al presente en las religiosas de la Encarnación.



CAPÍTULO XI.

Desposorio místico.—Conocimiento especial que el Señor comunicó á su Sierva acerca del misterio de la Santísima Trinidad.—Matrimonio espiritual.—Efectos admirables que las dichas mercedes causaron en el alma de Teresa.

SABIDAS las extraordinarias mercedes que el Señor comunicó á su Sierva hasta el 1571, en que la vemos priora de la Encarnación, acaso piense el lector que de nada más grande es capaz la humana criatura, mientras camina por este valle de lágrimas. Pero ¿cómo poner tasa á la bondad y magnificencia del que es infinito en sus perfecciones? Quien tuvo amor, para humillarse á tomar nuestra humana naturaleza, y cargó con la responsabilidad de nuestros pecados, para expiarlos en afrentosa cruz; quien tal hizo en beneficio del hombre, objeto de odio por la culpa original, ¿qué no hará con las almas puras, que sin reserva se entregan á su servicio, y celan su honra y gloria, y á mil muertes se pusieran antes que faltar en un punto á lo que entienden ser de su voluntad?

¿Quién podrá decir hasta qué extremo el Hijo de Dios se comunica con las almas que de veras le aman? En verdad, que toda unión de Dios con el hombre, por asombrosa que parezca, nunca llegará á ser tan íntima como la que tuvo lugar en el misterio de la Encarnación; ni nuestro amabilísimo Redentor pudo darnos mayores muestras de amor que las que nos dió, quedándose oculto en el Sacramento bajo las humildes especies de pan y vino, para servir de consuelo y alimento á las almas hasta la consumación de los siglos. Por eso cuando oigamos haber hecho el Señor excesos de amor con sus siervos, nada nos espante, que mayores sin comparación nos los enseña la fé.

Y viniendo ahora á las singularísimas mercedes que el Señor se dignó comunicar á nuestra Santa, siendo priora de la Encarnación, diremos que en la delicadeza y sublimidad de sus efectos exceden en gran manera á las recibidas anteriormente.

Cuando un alma se encuentra purificada, después de haber pasado por mil crisoles de trabajos y amarguras, y herida de amor busca sin descanso al objeto de su corazón, como el ciervo sediento las fuentes de aguas cristalinas; cuando abrasada en llamas de caridad encendida, reduce á cenizas todos los deseos que no se encaminan á Dios, y renace cual otro fénix á nueva vida; cuando ataviada en fin con las ricas vestiduras de heróicas virtudes, y respirando en sus obras el suavísimo aroma de los dones del Espíritu Santo, hállase dispuesta á comunicación más perfecta con su amado, suele entonces el Señor celebrar con ella lo que los místicos llaman desposorio espiritual. Las historias de Santa Inés, Santa Cecilia y otros santos nos cuentan las ceremonias y señales que acompañaron al recibo del divino favor. También nuestra Madre nos refiere las particulares circunstancias que

tuvieron lugar cuando se hizo participante de tanta dicha.

«Entonces, dice, representóseme (su Majestad) por visión imaginaria, como otras veces muy en lo interior, y dióme su mano derecha, y díjome: *Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. Hasta agora no lo habías merecido; de aquí adelante, no solo como de criador y como de Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía. Mi honra es ya tuya, y la tuya mía.* Hízome tanta operación esta merced, que no podía caber en mí, y quedé como desatinada, y dije al Señor: que, ó ensanchase mi bajeza, ó no me hiciese tanta merced; porque cierto no me parece lo podía sufrir el natural. Estuve ansí todo el día muy embebida. He sentido después gran provecho, y mayor confusión y afligimiento de ver que no sirvo en nada tan grandes mercedes» (1).

Tiene lugar este desposorio místico del alma con el Verbo Encarnado, estando en éxtasis con enajenamiento completo de los sentidos; porque si en el uso de ellos se viera tan cerca de su Divina Majestad, desfallecería el natural, y no fuera posible quedar con vida. Grandísimas son las ganancias que el alma saca de esta maravillosa unión, según nos las refiere el extático S. Juan de la Cruz, que también lo sabía por experiencia. «Ve el alma, dice, y gusta en esta divina unión abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea; y entiende secretos é inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben, y siente en Dios un terrible poder y fuerza, que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, y halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta

(1) *Escrit. de S. Ter.* t. I. p. 154.

altamente de la sabiduría de Dios, que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce; y siéntese llena de bienes, y ajena y vacía de males; y sobre todo entiende, y goza de inestimable refección de amor, que la confirma en amor» (1).

Acabáronse ya para la Santa aquellas ansias vehementes é ímpetus grandes de amor que la ponían á las puertas de la muerte, y gozando de inexplicable paz y deleite, pudo exclamar:

Ya toda me entregué y dí,
Y de tal suerte he trocado,
Que mi Amado es para mí,
Y yo soy para mi Amado.

Y también decir con el extasiado Fr. Juan:

La noche sosegada
En par de los levantes del aurora,
La música callada,
La cena que recrea y enamora.

Con la posesión de tanto bien, ¿qué más puede desear la esposa? Parécenle nada los trabajos pasados en comparación de aquellos deleites en que se encuentra anegada; y el Divino Huésped, solicitado por la hermosura del alma, que Él mismo ha hecho amable, enriqueciéndola de singulares gracias, quiérela juntar á Sí con lazo más estrecho de amor. Tal lo viene á realizar por medio del matrimonio espiritual, merced de más subidos quilates que el desposorio, porque, según S. Juan de la Cruz, es una transformación en el amado en que se entregan ambas partes por total posesión de la una á la otra, con cierta consumación de amor en que está el alma hecha divina por participación, cuanto se sufre en esta vida. Y es de parecer dicho Santo, que á tanta grandeza de goces nunca llega el alma, sin estar

(1) Declaración del Cant. Esp.

antes confirmada en gracia; de donde se sigue ser este el más alto estado sobrenatural que en esta vida se puede alcanzar. Porque así como el matrimonio carnal son dos en una carne, también aquí, consumado el matrimonio espiritual, queda el alma endiosada, transformada en Dios por la perfecta conformidad de espíritu y amor. De manera que, sino es en el cielo, ni puede el alma unirse más íntimamente con Dios, ni le es posible gozar de mayor hartura de bienes sobrenaturales.

Á tan sublime estado, propio solamente de los que han llegado á la cumbre de la perfección, plugo al Señor levantar á su fidelísima Sierva, poco tiempo después que tuviera lugar el desposorio espiritual. Como la fué su Majestad disponiendo para el recibo de tan singular merced, refiérelo la misma Santa en las *Sétimas Moradas,* aunque hácelo, por disimular, cual si hablara de otra persona.

«Pues cuando su Majestad, dice, es servido de hacerle la merced dicha de este divino matrimonio, primero la mete en su Morada, y quiere su Majestad que no sea como otras veces que la ha metido en estos arrobamientos..... Aquí es de otra manera, quiere ya nuestro buen Dios quitar las escamas de los ojos, y que vea y entienda algo de la merced que le hace, aunque es por una manera extraña, y metida en aquella Morada por visión intelectual. Por cierta manera de representación de la verdad, se le muestra la Santísima Trinidad todas tres Personas, con una inflamación que primero viene á su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad; y estas personas distintas, y por una noticia admirable que se da á el alma, entiende con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia y un poder y un saber y un solo Dios; de manera, que lo que tenemos por fe, allí lo entiende el alma,

podemos decir, por vista; aunque no es vista con los ojos del cuerpo ni del alma, porque no es visión imaginaria. Aquí se le comunican todas tres Personas, y le hablan, y le dan á entender aquellas palabras que dice el Evangelio, que dijo el Señor, que venía Él y el Padre y el Espíritu Santo á morar con el alma que le ama y guarda sus mandamientos» (1).

Y particularizando esta merced que le hizo el Señor de comunicarle noticia especial de la Santísima Trinidad, dice: «El martes después de la Ascensión, habiendo estado un rato en oración, después de comulgar con pena, porque me divertía de manera, que no podía estar en una cosa, quejábame al Señor de nuestro miserable natural. Comenzó á inflamarse mi alma, pareciéndome que claramente entendía tener presente á toda la Santísima Trinidad en visión intelectual, adonde entendió mi alma por cierta manera de representación, como figura de la verdad, para que lo pudiese entender mi torpeza, cómo es Dios trino y uno; y ansí me parecía hablarme todas tres Personas, y que se representaban dentro en mi alma distintamente, diciéndome: *que desde este día vería mejoría en mí en tres cosas, que cada una de estas Personas me hacía merced: en la caridad, en padecer con contento, en sentir esta caridad con entendimiento en el alma.* Entendí aquellas palabras que dice el Señor, *que estarán con el alma que esté en gracia las tres Divinas Personas*» (2).

Discurriendo en otra parte acerca de este profundo misterio añade: «Un día después de S. Mateo, estando como suelo, después que ví la visión de la Santísima Trinidad, y cómo está con el alma que está en gracia, se me dió á entender muy claramente de manera, que

(1) Mor. Sep. c. I.
(2) Relación III.

por ciertas maneras y comparaciones por visión imaginaria lo ví. Y aunque otras veces se me ha dado á entender por visión la Santísima Trinidad intelectualmente, no me quedaba después de algunos días la verdad, como ahora digo, para poderlo pensar..... Lo que á mí se me representó, son tres Personas distintas, que cada una se puede mirar y hablar por sí. Y después he pensado, que solo el Hijo tomó carne humana, por donde se ve esta verdad. Estas Personas se aman y comunican y se conocen. Pues si cada una es por sí ¿cómo decimos que todas tres es una esencia, y lo creemos y es muy gran verdad, y por ella moriría mil muertes? En todas tres Personas no hay más que un querer y un poder y un señorío. De manera que ninguna cosa puede una sin otra, sino que de todas cuantas criaturas hay, es solo un Criador. ¿Podría el Hijo criar una hormiga sin el Padre? No, que es todo un poder, y lo mesmo el Espíritu Santo, ansí que es un solo Dios todo Poderoso, y todas tres Personas una Majestad. ¿Podría uno amar al Padre sin querer al Hijo, y al Espíritu Santo? No, sino quien contentare á la una de estas tres Personas, contenta á todas tres; y quien la ofendiere lo mesmo. ¿Podrá el Padre estar sin el Hijo, y sin el Espíritu Santo? No, porque es una esencia, y donde está el uno están todos tres, que no se pueden dividir» (1).

Ilustrada la Santa Madre con el conocimiento del misterio de la Santísima Trinidad de la manera que se sufre entre los mortales, como preparación próxima para el matrimonio espiritual, apareciósele Jesucristo en la forma que ella cuenta cuando dice: «La primera vez que Dios hace esta merced, quiere su Majestad mostrarse á el alma por visión imaginaria de su Sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien, y no esté

(1) Relación V.